

El Mundo del **OLVIDO**

Cristian Otárola Jiménez



© El Mundo del Olvido

Sello: Soyuz

Primera edición: Octubre 2021

© Cristian Otárola Jiménez

Edición general: Martín Muñoz Kaiser

Ilustración de portada: Alex Collao

Corrección de textos: Virginia Berner

Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones

www.facebook.com/aureaedicioneschile

@aureaediciones1

www.aureaediciones.cl

Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-81-0

Registro de Propiedad Intelectual N°: 2020-A-3782

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor o el editor.

Todos los derechos reservados.

Al capitán 255, por ayudarme en los momentos difíciles
y enseñarme a ser quien soy.

*Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de
formas inconstantes, ese montón de espejos rotos.*

Jorge Luis Borges

I REINICIO

¿Te ha pasado que llegas a un lugar y sientes que ya lo conoces? ¿Que estás en alguna situación y sientes que ya la has vivido? ¿Que pasas por el lado de una persona y sientes que has estado con ella en otro lugar?

Eso me pasaba antes, pero nunca tan intensamente como ahora...

Acabo de ver a alguien. Sé que nos hemos visto antes, pero ¿cómo es posible? No la conozco; jamás hemos estado juntos. Es hermosa y mirarla me causa una sensación indescriptible. De algo estoy seguro: no quiero olvidar su rostro.

Aunque perturbado por el encuentro, continúo mi camino. No puedo detenerme: tenemos prohibido distraernos o demorarnos. Hay un horario que cumplir y voy atrasado a mi primer día de instrucción, el más importante. Hoy me designan un equipo.

A estas alturas de la historia deberían saber mi nombre, pero donde vivo eso no importa. Nadie aquí tiene uno. Somos un número: el mío es 777. Mis padres dicen que es especial, aunque no sé por qué. Sí sé algo: una letra. Algo me dice que en alguna época, la "Jota" era parte de mi nombre. ¿Por qué sé eso? No entiendo cómo, pero creo que en algún momento de mi vida tuve un nombre.

Todos los días comienzan y terminan igual. Algunos trabajan y otros estudiamos para algún día reemplazarlos en sus trabajos. Es el ciclo que debemos seguir. Es mi último año: voy a convertirme en una de “las gárgolas”. Nuestra tarea es prepararnos en defensa personal, seguridad, vigilancia, y un sinfín de otras habilidades necesarias para cuidar la ciudad o —como nosotros la llamamos—: “el Núcleo”. Seremos los encargados de supervisar a la población durante el día y de cuidarlos durante las noches. Las gárgolas trabajan por turnos de seis horas en equipos repartidos en los diferentes edificios centrales del Núcleo: de esta forma se mantiene la paz y la productividad. El nombre real de este trabajo es “Pacificadores”. ¿Aburrido, verdad? Los jóvenes les decimos “gárgolas”. Es más cool y me gusta.

Luego de tres años de clases teóricas, hoy comenzaré con ejercicios prácticos. Es el verdadero desafío: adaptarme a nuevos compañeros y demostrar mis habilidades. Se nos asigna un equipo, cada uno con un líder veterano, de treinta años de experiencia. Luego de entrenarnos se retirarán: seremos su legado.

Hay algo que siempre me he cuestionado. No lo he dicho, pues —segunda prohibición— no podemos cuestionar el sistema del que somos parte. La cuestión es ¿tiene algún sentido vivir si no sabemos de dónde venimos? Sabemos que tenemos una familia, que siempre hemos pertenecido a este lugar y qué futuro tendremos. Nuestro destino está trazado. Nos designan el centro de aprendizaje, la especialidad y lugar de trabajo. Estas decisiones las toman los que mandan todo a partir de la evaluación que hacen de nuestro comportamiento. Nuestros amos:

los Doce Grandes dirigen la ciudad. Controlan cada aspecto de nuestras vidas, incluso la familiar. Ellos deciden quiénes pueden vivir juntos y cuáles de esas parejas pueden procrear. Designan el momento y los elegidos para esa tarea: nuestra urbe amurallada no puede perder el equilibrio que permite nuestra supervivencia y como un hijo requiere ausentarse de las labores, la llegada de uno exige una sincronización perfecta en el reemplazo de funciones.

No conocemos nuestro pasado. No tenemos recuerdos de nuestra infancia o nuestros antepasados. Sabemos quiénes son nuestros padres y hermanos; identificamos a nuestros compañeros de trabajos y estudios, pero las relaciones que entablamos son solo las imprescindibles. El resto son desconocidos, conciudadanos con un número: personas a las que debemos agradecer, pues sabemos que cumplen algún rol que nunca es insignificante, porque mantiene este lugar funcionando en un ciclo de repeticiones infinitas.

Escucho a lo lejos la voz de 689. Podría decirse que es mi amigo, si fuera posible tener amigos. Es el único al que desde hace algún tiempo le he contado mis pensamientos y mis dudas sobre el Núcleo, pero quizás el habernos conocido también es parte del plan de vida que los Doce Grandes quieren para mí. A veces pienso que nada escapa de su control. Siempre he querido igualar su estilo. Es alto y usa el pelo largo tomado en un moño, lo que lo hace ver interesante, sumado a su contextura robusta, fuerte.

—¡Vamos tarde! La ceremonia de equipos debe estar por comenzar —grita, acercándose.

—No me digas —respondo en tono burlesco.

No es por ser odioso, pero es obvio que vamos atrasados. Tenemos que estar a mediodía en el centro de especialidad y solo faltan treinta minutos.

Me acerco a 689, lo saludo con un choque de puños y le hago un gesto antes de comenzar a correr. Pasamos por las últimas casas de la Villa. Es un buen lugar para vivir: ubicada en el sector derecho del Núcleo, es un suburbio que acoge a la gran mayoría de los ciudadanos. Pero, para nuestra mala suerte, vivimos en las últimas casas, por lo que debemos recorrer bastante antes de llegar al centro de especialidad.

Mientras cruzamos la calle en dirección al mercado, le doy una mirada al sector inferior del Núcleo. Siempre me ha gustado esta vista.

—No te quedes pegado viendo la campiña, no hay tiempo —grita 689.

No respondo. Aprieto el paso.

La campiña es el lugar con el paisaje más lindo. Ahí viven los campesinos, quienes cultivan alimento y cuidan a los animales. Con lo que nos dan, los Cocineros del Núcleo preparan las comidas del día, que se reparten en los centros de abastecimiento o en el mercado. Con eso garantizan que la nutrición de cada ciudadano sea óptima.

—Si no fuéramos tan atrasados, pasaría a buscar alguna colación para más rato —dice 689, mientras mira una de las mesas en el mercado.

—Habrás que pasar a la vuelta —replico.

Al salir del mercado caminamos en diagonal, directo hacia la plaza de la ciudad, con la intención de acortar camino. Quedan diez minutos para la designación de

equipos. En el centro de la plaza, se pueden ver algunos Pacificadores haciendo rondas. En los alrededores hay Obreros reparando faroles. Siempre que los veo recuerdo la voz de mi papá: él es miembro de los Obreros del Núcleo y dice que gracias a ellos la ciudad funciona, pues están a cargo del suministro eléctrico, agua, construcción, mantenciones y reparaciones.

Mientras cruzamos la plaza, no puedo evitar observar los centros de aprendizaje del Núcleo. Por alguna razón me siento agradecido de aquellos que me enseñaron en mi infancia. No los recuerdo, pero creo que me ayudaron. Los Educadores son quienes nos enseñan en nuestra niñez y adolescencia, y se encuentran repartidos en los cuatro centros de aprendizaje de la ciudad: nivel inicial, medio, y los avanzados, que se dividen en aprendizaje de oficios y preparación.

—Momento de acelerar, 689.

—Nos perderemos la ceremonia —reclama.

Al salir de la plaza no pudimos pasar: un grupo de Salvadores estaba entrando a su edificio con un par de ciudadanos heridos. Este es uno de los grupos que más admiro, los encargados de la salud.

Retrocedemos a la esquina anterior, doblamos en dirección al centro de especialidad y entramos corriendo en el patio del edificio que nos acogió durante tres años. Mientras nos acercamos, vemos a nuestros compañeros formados: aún están designando los equipos. Nos ubicamos en la parte de atrás de la fila, disimulando nuestro atraso. Al parecer, aún no nos han llamado.

—¡725!

Al escuchar el llamado, se dirige hacia el estrado. Es alto y flaco: le decimos “el Lagartija”. Durante los años de estudio, siempre fue el menos ágil de todos, pero excelente en tácticas y estrategias. Con 689 suponemos que su estatura le dificulta la coordinación: nunca logró superar obstáculos en los entrenamientos físicos.

— Al equipo ¡Lobo Nocturno! Con el Capitán 255.

El número lo dice todo. El Capitán del equipo Lobo Nocturno es uno de los primeros 400 en formar parte de la gran ciudad. ¿Qué había antes? Nadie lo sabe. Si los veteranos realmente participaron de la construcción de la ciudad, no lo recuerdan: solo los Doce Grandes tienen acceso a esa información. No debemos llevar mucho tiempo aquí. Somos solo unos diez mil habitantes. Y ¿antes? Sí hay algo que todos sabemos y que por alguna razón quieren que sigamos recordando, una voz que dice...

“Antes de que esta ciudad se formara, hubo una catástrofe global. Ustedes son los sobrevivientes con los que se creó el Núcleo. Como tales, se espera de ustedes agradecimiento, trabajo y obediencia”.

Si algo así ocurrió alguna vez, nadie lo sabe. Si los veteranos lo vivieron, no parecen acordarse. Al menos no hablan de ello.

— ¡689!

Lllaman a mi amigo, al ser humano más cercano que tengo después de mi familia. Sube al estrado, lo felicitan, y se escucha el grito:

— Al equipo ¡Fénix! Con el Capitán 485.

Mientras se dirige a su equipo, me mira; en ese momento, tengo la sensación de que muy pronto lo olvidaré.

Es una sensación que sale desde mi interior, como si mi cuerpo supiera algo que yo no.

—¡721!

Su cabello, más largo de lo habitual, se movía con el viento mientras caminaba al estrado. Ella era una de las pocas mujeres dentro de mi clase de estudio con la que alguna vez crucé palabra. Vivía en una casa cercana a la mía. En la fila de las chicas, 721 es de las últimas en ser nombrada.

—Al equipo, ¡Halcón Dorado! Con el Capitán 462.

Se escuchan fuertes aplausos. Ese equipo siempre ha sido reconocido por ser el más enérgico y el más perceptivo: son los encargados de vigilar desde las alturas.

Mientras sigo escuchando a mi voz interior, se escucha:

—¡777! ¡777! ¡777!

Mis compañeros me miran. Me apresuro a subir al estrado, donde me felicitan y me entregan el certificado que me permite entrar a un equipo de Pacificadores. Se escucha:

—Al equipo, ¡Lobo Nocturno! Con el Capitán 255.

Mientras camino en dirección a mi equipo, vuelvo a darle una mirada a 689. La extraña sensación seguía intacta. Cuando voy llegando a la fila de mi grupo, escucho a 721 susurrarme:

—¿Tú también puedes sentirlo?

Me integro a la fila sin entender.

Finalizada la ceremonia, se nos entrega una carta con indicaciones de nuestros respectivos capitanes. Me acerco a 689, pues hace rato está haciéndome señas.

—¿Qué dice tu carta, 777?

—Déjame abrirla primero.

La rompo y saco la pequeña nota, que dice:

Mañana a las 19:00 en la plaza del Núcleo. Capitán 255

—Eres afortunado, puedes descansar hoy. A mí me toca reunión ahora.

—Suerte, 689 —digo, estirando el brazo con el puño apretado

—La suerte es para los débiles, 777. Para nosotros hay grandes cosas en el camino— responde mientras choca su puño contra el mío.

689 se aleja junto a su grupo y lo acompaño con la mirada hasta que se me pierde de vista. A paso lento me acerco a Lobo Nocturno para identificar a mis nuevos compañeros.

—Nos vemos mañana, entonces —dice 725, terminando la conversación.

Los presentes asienten y se marchan cada uno en su dirección.

—¿Por qué se van todos? —pregunto a 725.

—Como el Capitán nos pidió reunirnos mañana, mejor descansar por hoy. Ya tendremos tiempo de conocernos.

Asiento.

725 fue el único miembro de mi antigua clase designado en el equipo Lobo Nocturno. Antes de que se vaya, me despido de él y le palmoteo la espalda en señal de compañerismo y agradecimiento.

Le doy una última mirada al patio del centro de especialidad y emprendo mi camino. Me dirijo a casa en forma automática, moviéndome como todos en la ciudad, a paso constante. Al llegar a casa y con el pasar de las horas, un cansancio enorme me hace caer rendido en mi cama. Todo se va a negro.

Cuando abro los ojos, ya es un nuevo día.

¿Te ha pasado que llegas a un lugar y sientes que ya lo conoces? ¿Que estas en alguna situación y sientes que ya la has vivido? ¿Que pasas por el lado de una persona y sientes que has estado antes con ella? Es una sensación recurrente para mí, pero nunca de forma tan fuerte como ahora...

Acabo de ver a una persona, y de alguna manera sé que la conozco, sé que nos hemos visto antes, pero ¿cómo es eso posible? No puedo reconocerla y jamás hemos estado juntos. Es un chico de mi edad. Él también me queda mirando y surge una extraña sensación en mi pecho, que he sentido antes, pero no puedo recordar cuándo. Solo estoy seguro de una cosa: no quiero olvidar su rostro... Antes de seguir mi camino, bajo la mirada para ver si tiene alguna identificación y alcanzo a leer "689".

Vuelvo a caminar. Hoy es el primer día de trabajo con mi equipo Lobo Nocturno.

II DESTELLOS

Mientras camino a mi destino, me dedico a observar a las personas y las cosas que hacen. Sigo teniendo la sensación de que estoy viviendo en una película que se repite día a día. Cada vez que paso, ocurre la misma situación. Cuando logro llegar al lugar en el que nos reuniríamos con el Capitán 255 llego a la conclusión de que algo extraño ocurre en el Núcleo, algo que no entiendo.

En centro de la plaza, miro al grupo reunido en el extremo más alejado y me doy cuenta de que es el mío. Aún faltan varios integrantes y el Capitán no ha llegado, lo cual es bueno, porque desde hacía tiempo que no asistía puntualmente a una reunión. Me acerco y saludo. 725 ya estaba ahí.

—¡Hola! Estaba pensando que volverías a llegar tarde.

—No tropiezo dos veces con la misma piedra... 725 —digo tratando de tapar el nombre con el cual solía llamarlo yo y... con el cual solíamos llamarlo con los otros miembros de mi antiguo curso.

Mientras converso con 725, llegan los que faltaban, pero el Capitán sigue sin aparecer.

—Quizás nos confundimos de lugar —dice un chico. Es moreno, alto y se ve fuerte, como si hubiera crecido levantando cosas de gran peso.

—¡Imposible que todos nos equivocáramos! —replicó una chica de pelo castaño claro ondulado, hermosa. Sus ojos son de una profundidad que me llena poco a poco y no puedo evitar mirarla fijo. Algo me hace querer acercarme a ella. Creo que se da cuenta, pues baja los ojos.

Fue un momento incómodo, pero en ese instante 725 interrumpe al proponer una presentación grupal. Considera que es mucho mejor conocernos antes de la primera instrucción. Nos sentamos en círculo y comenzamos a conversar.

725, 780, 790, 800, 825, 877, 690 y yo. Ocho miembros componemos el gran equipo Lobo Nocturno: cinco hombres y tres mujeres.

Descontando a 725 y a mí, los otros tres hombres del equipo son 800, el joven moreno y fuerte; 690, un chico colorín, alto y delgado, quien a causa de una extraña enfermedad se mantuvo bajo los cuidados de los Salvadores del Núcleo por dos años y medio. Por eso, sumado al proceso de recuperación, perdió cuatro años de estudio, así que es el mayor del grupo. Y, por último, 877, un chico bajo, de pelo negro y apariencia débil, es el menor. Da la impresión de que está pensando en cualquier cosa, menos en el presente.

Las mujeres son 780, la chica de los ojos profundos, a quien no quise volver a mirar. 790, una mujer de tez oscura, pelo crespo y una sonrisa alegre, espléndida. Y 825, la segunda más pequeña del grupo, pero eso no significa que sea la más débil. Al contrario de 877, ella muestra un físico entrenado. Asumo que lleva años ejercitándose a diario.

Mientras conversamos, el tiempo pasa rápido. Sin darnos cuenta, llevamos ahí un hora y media. Cuando pensamos que lo más probable era que el Capitán hubiese olvidado la reunión, se acerca un niño y nos entrega una carta. Su pelo erizado y textura delgada le dan la apariencia de un duendecillo.

780 toma el sobre, lo abre y nos mira con cara de preocupación. Comienza a leer:

Equipo Lobo Nocturno: hoy, primer día de instrucción, serán puestos a prueba. Formarán dos grupos y competirán para encontrarme. Tienen cinco minutos para conformar los grupos y comenzar con la primera parte: una carrera hasta el extremo opuesto de la ciudad. Deben llegar al pino al lado del edificio de electricidad, donde encontraran las instrucciones para la segunda parte. Descifrarán un mensaje codificado y sabrán dónde los espero. El equipo que logre que todos sus integrantes digan presente en primer lugar ganará esta prueba.

—¿Debe ser una broma! —grita 690.

—No —responde 800.

—Debemos comenzar a dividirnos; el tiempo corre —dice 790, mientras agita los brazos para apurarnos a todos.

—Sorteémoslo con papeles —propongo sin dudar.

El equipo está de acuerdo. Designamos al azar los grupos, que se constituyen así:

Grupo 1: 725, 780, 877 y 777

Grupo 2: 690, 790, 800 y 825

Mi grupo se forma en círculo para discutir una estrategia. Debemos decidir cómo enfrentar esta prueba.

—No lograremos ganarles —dice 877.